

la marchita «Primavera». Casi dos decenios después, Krejka renueva su actividad.

La primavera renace de nuevo y en ella florecen los cerezos de este inmemorial jardín inmortalizado por la fantasía de Chejov. Sin discutir la plástica belleza de la obra, conviene considerar, para ponderar el sentido y las dificultades que ha de vencer el aficionado, que más de tres horas de representación en idioma checo, aun conociendo a fondo el argumento y acompañado de un texto traducido, el espectáculo se convierte en una prueba de afición...

El programa del festival incluía también la compañía de pantomima Litsedei, de Leningrado, cuyo espectáculo se convierte en un ejercicio de broma y humorada donde aplican las técnicas escénicas del mimo; la compañía de ópera china Hua Kun Opera, que en Estados Unidos promueve la afición a la tradición de la ópera china; la compañía del Teatro Nacional de Noruega, con una escenificación del «Peer Gynt» de Ibsen.

Entre las obras en castellano, se representó una adaptación de «Crónica de una muerte anunciada», de García Márquez, bajo la responsabilidad de Salvador Távora, que dirige el grupo La Cuadra, de Sevilla. Pero lo más interesante, y donde se cifraba el interés del cronista, era, sobre el papel, la pieza dramática titulada «Restauración», con que el novelista Eduardo Mendoza se estrena como dramaturgo. Como inevitablemente ante una oferta tan intensa y extensa hay que resultar selectivo y conociendo que la comedia había tenido éxito en su estreno en catalán, la curiosidad acerca de qué podía ofrecer un nuevo autor estaba más que justificada.

Parodia

No se puede decir que «Restauración» sea una muestra del nuevo teatro catalán. En realidad, es una muestra de teatro en



Cartel del Festival Internacional de Teatro de Madrid

el sentido más denso de la palabra, y eso es lo que realmente interesa. Con una puesta en escena más bien sobria, en algunos aspectos elemental, lo cual no limita sino que en parte facilita el acceso al núcleo de lo dramático, que, en lo que a su pervivencia cultural atañe, reside más en el contenido literario que en los hallazgos y efectos pasajeros de una representación más o menos afortunada. Se advierte que en los finos equilibrios entre el humor, producto del juego lingüístico del propio diálogo, la sátira o la mordacidad crítica, hay un escritor que no sólo tiene fuerza imaginativa sino también vigor expresivo. «Restauración» es, en cierto modo, una parodia que nunca se permite, por efecto de la palabra, a excederse como parodia.

Los elementos que Mendoza reúne para pergeñar la trama pertenecen al idioma de siempre del teatro. El velo que oculta la identidad de una mujer extraña, el juego de los extraños pretendientes, las pinceladas de época romántica, la combinación equilibrada de partitura musical, la sorpresa escénica que supone la presencia de algún personaje disparatado, junto con la referencia de personajes históricos, convierten a «Restauración» en un mosaico ambicioso y completo de representación satírica de una época en la que el aspecto sarcástico no acaba excediéndose, gracias a la propia contención literaria. ■

Luis Núñez Ladevéze es catedrático de la Universidad Complutense.

TEATRO

LO TOSCO Y LO ESTETICO

Autor: Ana Diosdado.

Obra: «Trescientos veintiuno... trescientos veintidós...».

Teatro: Príncipe Gran Vía, Madrid.

Dirección: Carlos Larrañaga.

Reperto: Luis Merlo, Eva Isanta, Manuel Tejada, Pepe Pascual, María Luisa Merlo.

Precio: 1.800 pesetas.

LOS Festivales de Teatro pasan, pero el teatro sigue. Por fortuna, habría que añadir. Por fortuna, porque los Festivales son la muestra, más o menos oficial u oficiosa, de lo que los interesados desde dentro por la supervivencia en el teatro estiman como manifestación teatral de su propio interés, pero el teatro que sigue, al margen de subvenciones o de adhesiones rituales u oficiales, es otra cosa. En el teatro que sigue al XI Festival madrileño, el teatro verdadero que ha de jugársela, sin más aditamentos que su propia capacidad de persuasión, ante el público, quedaba pendiente la última obra de Ana Diosdado, de título más bien disonante: «Trescientos veintiuno... trescientos veintidós...».

Dice Ana Diosdado en su antecrítica que se trata de un título que no le gusta a nadie. Tiene razón. Es inexpresivo; renuncia, porque se trata de números, a dos de las funciones que, desde Bühler, se consideran inherentes al uso del lenguaje: la función apelativa y la expresiva. Ni es síntoma de mundo interior ni señal para el interlocutor. No digamos la función «poética».

TEATRO

Pero a esta última renuncia ya estamos más habituados.

La moda de los títulos en la actual cartelera es indicativa de que los tiros van más bien por lo tosco que por lo estético. Lo de «Oportunidad: bonito chalet familiar» no resulta tampoco muy atractivo, y como eslogan publicitario suena a deliberadamente disuasivo. Pero se trata de una obra de Alonso Millán sobre la que ya ha habido oportunidad de hablar.

Todavía hay ejemplos más deliberadamente zafios, como el de «Makinavaja, el último chorizo», en los que la estética del feísmo pretende ser vehículo de una ética del marginalismo. Pero ya hablaremos de ello en otra ocasión.

Un doble conflicto

Lo de «Trescientos veintinueve... trescientos veintidós...» se explica fácilmente a partir de la propia trama narrativa. Se trata del número de dos habitaciones contiguas en un hotel de lujo donde simultáneamente se desarrollan dos acciones o historias

paralelas entre dos parejas de muy diferente condición y distinta generación.

A través del conflicto dramático que ambas parejas viven durante una noche, la escritora muestra rasgos muy característicos del entorno y los condicionamientos morales de la sociedad actual, la generación joven y la que podríamos calificar de madura. No sería procedente entrar en más detalles que acabarían desvelando al lector aspectos de la trama que constituyen parte correspondiente a la intriga. Pero se pueden ofrecer juicios de valor orientativos sobre el marco genérico de condiciones descrito por la autora, sin necesidad de descubrir esos aspectos.

Literaria y descriptivamente la obra funciona tanto en su planteamiento como en lo que, en terminología clásica, se denomina su nudo. Lo más discutible sería el desenlace, en cierto modo determinado por el concepto, en gran parte falso o excesivamente risueño, que la autora ha formado de uno de los cuatro personajes: aquel cuya personalidad verdadera se va descubriendo a medida que va desarrollándose la acción y sobre el que descansa el centro de la intriga.

Con gran habilidad, la autora conjuga el espacio de las dos habitaciones, indiferenciado en la escena, con el tiempo de la trama, alternando secuencias de los dos conflictos narrativos representados. También con habilidad, la autora imagina un procedimiento para juzgar el presente a la luz de un devenir que todavía no ha ocurrido. Ficción y realidad se combinan con eficacia y se convierten en mecanismo dramático.

Trasfondo moral

El juego de la ficción surte su efecto como recurso que permite avanzar la trama de la realidad. Nada hay que reprochar a

ese truco, que funciona como recurso dramático y que forma parte de la destreza de la autora para convertir en verosímil la imaginaria escenificación.

El perfil humano de uno de los personajes permite dar una vuelta de tornillo al sentido del conflicto. De lo descriptivo —una pareja en su noche de bodas, un profesional en su noche de aventura— se pasa diestramente al plano de la crítica social, e, incluso, la denuncia política —una pareja condicionada, una aventura que se nutre de corrupción y tráfico de influencias—. Pero Diosdado trata de dar un paso adelante y convertir la crítica en instrumento de un mensaje moral. Para ello ha de revestir a uno de los personajes de condiciones virtuosas que van más allá de las medidas de un realismo asimilable. Ahí, en el concepto de ese cuarto personaje cuya personalidad condiciona el desenlace, la obra se resiente y muestra su aspecto más vulnerable y menos verosímil.

Por lo demás, todo bien. El diálogo, fluido, convincente y ponderado, se sigue con interés; la acción escénica conjuga elementos imaginativos con ingenio y desenvoltura. Los personajes se mueven con soltura en un escenario amplio, llevados de la mano invisible de Carlos Larrañaga, que, hay que decirlo, tampoco encuentra dificultades en el sencillo texto. Hay rasgos de humor que el espectador agradece. María Luisa Merlo, impuesta en su papel, demuestra su oficio. Manuel Tejada resulta eficaz y convincente. La pareja menor tiene poco que aprender, por no decir nada, de la madura. Luis Merlo, bien. Es un profesional que cumple con exactitud y precisión las exigencias del guión y las indicaciones del director. Eva Isanta, aún mejor. *Todo funciona correctamente* para que el espectador no se sienta decepcionado y salga del recinto con mejores ideas acerca de la condición humana que con las que entró. Al final, sólo queda la desazón de que la regla no confirma la excepción. ■

Festival de teatro

